

# Prólogo

EN el árbol de la vida, que es la manera más generalizada de representar las relaciones entre las especies que pueblan nuestro planeta, todavía queda lugar para los dragones. Dragones como aquellos que, en los mapas antiguos, poblaban las tierras ignotas y recónditas, aún por explorar.

Se cuenta que los cartógrafos de la antigüedad se alimentaban también de mitos, que plasmaban en sus atlas en forma de figuras fantásticas y animales quiméricos con los que marcar lo desconocido que se figuraba plagado de peligros; de ahí que la sentencia *hic sunt dracones* (“aquí hay dragones”) se haya generalizado, primero como expresión de territorios inexplorados y, por extensión, después, de la falta de conocimiento en algún campo. Esta frase que en realidad no aparece en ningún mapa ni carta náutica se lee en un pequeño globo terráqueo del siglo XVI, fundido en bronce hacia 1510, que se conserva en la Biblioteca Pública de Nueva York; el globo Hunt-Lenox, que es como se conoce, lleva inscrito sobre la parte más oriental de Asia la referida sentencia. Se ha especulado sobre los posibles antecedentes de la misma, que se podrían remontar a los cartógrafos romanos, quienes utilizaban la frase *hic sunt liones* (“aquí hay leones”) para marcar los territorios aún por explorar, en los confines del imperio.

Este libro trata sobre la vida y su diversidad, centrada sobre todo en el mundo de los hongos, uno de los grupos de organismos más abundantes y menos conocidos. Para ello, viaja al fondo del mar y a los parajes más inhóspitos de la